

quín de Herrera, como Presidente del Consejo de Gobierno, fué llamado á encargarse del Poder Ejecutivo, y la Administración de D. Antonio López de Santa-Anna dejó de pesar sobre el país, cuyo Congreso declaró á los pocos días no reconocer á Santa-Anna como Presidente de la República, y decretó se le formase causa.

No es este el lugar en que quepa manifestar la justicia que hubo en el fondo de aquel pronunciamiento, y sólo hacemos á él referencia por lo que á nuestro asunto del Teatro toca.

La villana plebe, que sin conciencia ni discernimiento lo mismo vitorea al poderoso en su auge, que insulta al ídolo caído, hizo aquel día á Santa-Anna blanco de los más atroces y soeces insultos. En el cementerio ó panteón de Santa Paula y sobre una columna, levantábase una urna conteniendo el pie y pierna que una bala francesa arrancó en el muelle de Veracruz, el 5 de Diciembre de 1838, á dicho general. La adulación había alzado ese monumento á aquel despojo, y la bajeza de todos había consentido en ello, cuando Santa-Anna era ó se había erigido en ídolo de sus compatriotas. Ningún derecho tuvo la plebe para destruir ese monumento, apoderarse de la urna y pasearla por las principales calles, al son de una música cuyo compás marcaban algunos miserables pegando con sus bastones en esa urna.

Menos derecho tuvieron esa plebe y sus directores para invadir como invadieron el Gran Teatro, y destruir como destruyeron la estatua de yeso que en el patio de entrada ó desahogo había levantado á Santa-Anna la gratitud de D. Francisco Arbeu. "El día de ayer—dijo *El Siglo*—no se pudieron librar de la indignación pública el pie del Gral. Santa-Anna que se encontraba en el Panteón de Santa Paula, y la estatua de yeso del mismo General, situada en el Teatro de Vergara. Hoy está ya descendida la de bronce erigida en la Plaza del Volador, picado el busto de Santa-Anna que se hallaba sobre uno de los balcones de la Sociedad de la Bella Unión, y borrado su nombre en el frontispicio del nuevo Teatro."

De resultas de esa determinación, la Empresa llamó á ese Teatro en los primeros días del nuevo orden de cosas, *Teatro de Vergara*, y en los programas del día 15 de Diciembre usó ya, y por primera vez, el título de *Gran Teatro Nacional*.

## CAPITULO IX

1844—1845

Precisamente en los días en que la revolución derrocaba la dictadura del Gral. D. Antonio López de Santa-Anna, el Gran Teatro ponía en escena, por primera vez en México, el famosísimo drama del insigne poeta D. José Zorrilla, *Don Juan Tenorio*, en las noches del 7 y 8 de Diciembre de 1844.

El efecto que en México causó esa afortunada metamorfosis de la invención de Tirso de Molina, fué indescriptible. El revistero de *El Siglo XIX*, dijo: "Alguna vez *Don Juan Tenorio* será citado como un modelo, como una obra admirable del entendimiento humano: la *Doña Inés* compite en pureza, en atractivo, en poesía, con *Margarita* y con *Ofelia*, divinas creaciones de Gæthe y de Shakespeare." De sus intérpretes y del aparato escénico, el mismo revistero dice: "En la primera parte se distinguió la Sra. Cañete; su magnífico talento cómico, que tan bien sabe desempeñar la maja andaluza como la niña mimada y recoleta, caracterizó perfectamente á *Doña Inés*, sencilla y crédula, y al mismo tiempo apasionada y ardiente; comprendió, en nuestro juicio, la idea del poeta. Al Sr. Castro le faltó más despejo, más aire de matón y calavera; las hazañas mismas de *Don Luis Mejía* indican que no era un miserable encogido y de maneras poco expeditas. El Sr. Mata, que ha sabido crear otros papeles difíciles, absolutamente se acomodó á éste; podríamos señalar todo lo que le falta para ser *Don Juan Tenorio*, como lo concibió Zorrilla; más lo creemos inútil, porque el mismo recomendable actor, á pesar de su buena fe y docilidad, no podría remediar ciertos defectos. Los demás actores desempeñaron bien sus papeles. Quienes merecen mil y mil elogios son los Sres. Alerci y Candil, el primero maquinista y el segundo pintor: la vista del panteón iluminado por la luna, es lo más imponente, lo más magnífico que puede idearse. Las demás mutaciones se hicieron también con destreza, y hay algunas muy bellas; se nos asegura que ha sido mejor montada en México esta pieza que en los teatros de Madrid. Por nuestra parte creemos que será difícil llevar la perfección y el lujo á más alto grado."

Ni puedo ni debo detenerme en más que apuntar memorias de los primeros años del Gran Teatro, tocando al paso únicamente aquello

que sirva para dar alguna idea de los gustos del público en esa época; por lo tanto, narraré en lo de adelante aun más superficialmente que hasta aquí. De otro modo, mi labor tomaría enormes proporciones: y si bien es cierto que en otros países esta clase de obras forman por sí solas una biblioteca, en primer lugar son emprendidas no por un solo hombre, como la mía, sino por una verdadera asociación de literatos y de sabios, y en segundo, disponen de elementos y de protección que entre nosotros faltan en lo absoluto. Mucho podría haberme extendido en varios de los capítulos anteriores, hasta formar con alguno de ellos un libro de muy regular tamaño; pero mis modestas pretensiones no quieren que este mi escrito pase de una humilde *Reseña*, contentándose con ser el primero, *absolutamente el primero*, que ha tratado de dar de una manera cronológica y ordenada un resumen histórico del Teatro en México. Cuanto aquí se contiene es labor mía exclusivamente, resultado de infinitas é incesantes investigaciones de muchos años, en incompletos y desordenados archivos, sin que para ello haya podido servirme de guía autor ninguno, porque nadie hasta hoy había tratado estos asuntos, y muchos creíanlo empresa imposible.

Prosigamos: en 22 de Enero de 1845, en función á beneficio de Rosendo Laimón, marido de Mariquita Cañete, se resucitó la tonadilla famosa *Las cuatro Provincias españolas*, que á tantos trastornos dió motivo con ocasión de su estreno en el de *Nuevo México*, el 7 de Febrero de 1843.

Pocos días después del citado beneficio, la Compañía del Gran Teatro suspendió sus trabajos para ceder el local á los Bailes de Máscara. Concluída la Semana Santa, abriéronse de nuevo nuestros teatros, dispuestos más que nunca á hacerse una guerra sin cuartel, por efecto de la cual, Antonio Castro había sido contratado desde la anterior temporada por la empresa del Nacional, no tanto por la utilidad que pudiera proporcionarle con su trabajo, cuanto por privar á la del Principal de un aplaudido galán joven. A resultas de esto y como á su tiempo dije, Angel Padilla, con aplauso del público, pasó á ser galán joven del Principal, dejando el puesto que ocupaba en el cuerpo de baile. Esos trueques ó cambios de artistas, fueron importantes en la nueva temporada. Rosa Peluffó pasó al Principal á unirse con la Cordero y la Francesconi, y uno de sus directores, Higinio Castañeda, pasó á su vez al Nacional, cuya compañía presentó al público, con la comedia de Bretón, *Lo vivo y lo pintado*, á su nuevo director y galán, D. Manuel Fabre, el 24 de Marzo. Nacido en Sevilla en 1823, hizo, cuando apenas contaba diez y nueve años de edad, su presentación en las tablas, en un teatro de Granada, como galán joven de la Compañía de D. José Valero, de quien fué discípulo. Después trabajó en Mallorca, de donde pasó en 1843 á la Habana, y allí fué contratado

para nuestro Gran Teatro, llenando el puesto que dejó vacío el distinguido actor Antonio Hermosilla, muerto en esta Capital. Honrado, pundonoroso, exacto en el cumplimiento de sus compromisos, moderado en sus aspiraciones, Fabre fué muy querido y celebrado por nuestro público.

Pero las positivas novedad y sorpresa de ese tiempo las ofreció el Teatro Principal, exhibiéndose en la misma noche del 23, completamente renovado y aun transformado por el arquitecto é ingeniero D. Enrique Griffon, que, respondiendo á no extinguidas rencillas con D. Lorenzo de la Hidalga, quiso operar ese milagro.

He aquí como *El Siglo XIX* habló de esa renovación:

“Se había hecho tan común la creencia de que el Teatro Principal no podía quedar bueno aunque sufriera más reformas que las que está sufriendo la Constitución de España, que ya se creía perdido el dinero que para ello se invirtiese. Pero hé aquí que un hábil arquitecto extranjero trazó sus triángulos, círculos y paralelas, evocó recuerdos, pulsó dificultades, y dijo: Os engañáis; el Teatro Principal por viejo y achacoso que lo veáis, yo me comprometo á convertirlo en un apuesto y elegante mozalvete. Pero lo peor para algunos (este *algunos* era Hidalga), fué que este lenguaje lo dictaba el conocimiento íntimo de poder ponerlo en práctica; era el argumento del sabio contra la impericia del charlatán; era, en fin, el talento confundiendo á la ignorancia, la que nunca prevalecerá sobre él sino momentáneamente. Refórmese, pues, el Teatro, se dijo, y el Teatro fué reformado en el corto período de dos meses. El 23 del corriente se dió á luz esta maravilla de mecánica celeridad, esta prueba más de los portentosos resultados de la *división del trabajo*, tan justamente encarecida por los modernos economistas; á ti, hábil, entendido y activísimo Griffon, á ti te pertenece el lauro y se te debe adjudicar el merecido premio. En efecto, al entrar los numerosos espectadores en el salón, exclamaban admirados: ¡Qué hermoso está! ¡Si parece otro! Pues vea usted, ¿quién lo hubiera dicho? . . . ¡Vamos! ¡Cosas de los extranjeros! La variación del local ha sido completa, y exquisito el gusto con que está decorado, todo en verdad arreglado al presupuesto de gastos; y si bien no ostenta la profusión de dorados que su vecino el de la calle de Vergara, no le sienta mal la imitación por lo perfectamente ejecutada. . . . El lujo y elegancia de los muebles y decoraciones con que la escena estuvo adornada, no dejaron que desear, dando á conocer los esfuerzos del actual empresario porque todo corresponda en magnificencia.” El artículo concluía reprochando á quienes decían que el Teatro Nacional era una maravilla, no haber tenido presente que eran mucho mejores “el *San Carlos*, de Lisboa; el *Scala*, de Milán, y el *Real*, de París.”

Quienes recuerden cómo y cuánto se combatió á Hidalga en la épo-

ca de la construcción del de Vergara, no extrañarán las exageraciones y malevolencias del panegirista de Griffon, y menos aún el disgusto gigantesco con que vieron al construido por Hidalgo salir incólume de la prueba terrible á que fuerzas desconocidas sometieron su solidez.

Me refiero al formidable terremoto que á las 3 y 52 minutos de la tarde del lunes 7 de Abril de 1845, sobrecogió de espanto á los moradores de la Capital. Ese temblor, conocido por el *temblor de Santa Teresa*, porque él derribó la hermosa cúpula de la capilla de Santa Teresa la Antigua, destruyendo entre sus escombros el famosísimo crucifijo que en ella se veneraba, apenas dejó casa que no guardase recuerdos de él: muchísimas se cuartearon, otras amenazaban ruina y no pocas cayeron. Un redactor del *Siglo* describió así el efecto del terremoto: "nos encontrábamos casualmente en la Plaza Mayor, y allí pudimos contemplar un espectáculo que no se olvidará. En un instante la multitud, poco hacía distraída, cayó de rodillas pidiendo piedad á Dios, y contando llena de tormento las oscilaciones que amenazaban convertir en un vasto sepulcro á la más hermosa de las ciudades del Nuevo Mundo. Las cadenas que rodean el atrio se agitaban fuertemente; las losas del pavimento se abrían; los árboles se azotaban; los hermosos edificios y las altas torres aparecían oscilando; en particular la grande asta colocada sobre el reloj de la Catedral, vibraba con una celeridad asombrosa y que mostraba la fuerza del movimiento, y producía un pavor indefinible....." El temblor repitió algunas horas después y sus sacudidas se renovaron en diferentes días sucesivos, manteniendo á la ciudad en espantosa alarma. Todos los giros, todas las oficinas suspendieron sus trabajos, y hubo necesidad de prohibir todo tránsito de carros y de coches. Multitud de personas de toda clase y condiciones, por malevolencia algunas, por curiosidad otras, ocurrieron á la calle de Vergara para ver si había resistido al cataclismo ese teatro, al cual el arquitecto Casarín había amenazado con un inevitable derrumbe, y á todos recibió sonriente y satisfecho D. Lorenzo Hidalgo entre las dos columnas centrales del pórtico, invitando, á todo el que quiso hacerlo, á pasar al interior á convencerse de la firmeza de su obra. El 22 de Abril el *Diario del Gobierno* dijo: "Han sido reconocidos los teatros por una Comisión de Arquitectos que con este fin nombró el Excmo. Ayuntamiento, la cual ha opinado que se pueden abrir desde luego al público por no haber experimentado daño alguno de consideración."

Al día siguiente, y después de diez y siete de haber estado cerrados, el Principal se abrió con *El Héroe por fuerza*, y el Nacional con *Un cuarto de hora*. En el primero de ellos se presentó en 24 de Abril con *El Campanero de San Pablo* el nuevo actor D. Manuel Argente, y en 15 de Mayo y con *El Zapatero y el Rey* hizo otro tanto D. Pedro Vi-

fiolas. En la segunda quincena de Junio el Teatro de Nuevo México estaba convertido en circo anglo-americano, y se exhibían en él *el Hombre elástico* Mr. Hamlin, el equilibrista Eduardo Kelly y un *león real africano* que, según los programas, había tenido el honor de haber sido presentado á S. M. la Reina Victoria y á S. A. R. el Príncipe Alberto.

En cambio, el domingo 11 de Julio tuvo lugar en el Gran Teatro Nacional una verdadera solemnidad, la de la colocación de un busto del distinguidísimo autor mexicano D. Fernando Calderón, en uno de los nichos abiertos en las paredes del patio de descanso: para ese acto de justicia y de merecimiento se dispuso la representación de su drama en cuatro actos, *El Torneo*, y se leyeron por el Sr. Mata una oda de D. Juan N. Navarro, por el Sr. Castro un soneto de D. Alejandro Arango y Escandón, por el Sr. Barrera otra oda de D. Ramón I. Alcaraz, y por la Sra. Cañete una composición de D. Guillermo Prieto. Todos ellos tuvieron rasgos inspirados y felices para celebrar á ese poeta, en todo, aun en aquella apoteosis, más afortunado que su contemporáneo Rodríguez Galván.

Nada tan distinto como la suerte que al uno y al otro cupo. Amargada la de Rodríguez por toda especie de infortunios, fué la de Calderón pródiga en dichas y aventuras. Sus padres D. Tomás Calderón y D<sup>a</sup> María del Carmen Beltrán, originarios de Zacatecas, disfrutaban de una buena fortuna y de elevada posición social al dar á la vida á nuestro poeta, nacido en Guadalajara el 26 de Julio de 1809. Allí y con tan favorables elementos, sus padres dieron á su primogénito una educación esmeradísima.

En el Real Colegio de San Luis Gonzaga, en el que obtuvo una de las becas reales concedidas á los jóvenes cuyas familias hubieran prestado á la Corona servicios importantes, al cuidado de respetables maestros concluyó con sobresaliente aprovechamiento los estudios de latinidad y de filosofía; bajo la dirección de D. Santiago Villegas, famoso abogado del Departamento de Zacatecas, estudió derecho civil, canónico y constituciones; después de la muerte de su padre, ocurrida en 1826, nuestro poeta fué llevado por su familia á Guadalajara, en cuya Universidad continuó su carrera hasta recibir en Mayo de 1829 el título de abogado. Allí cultivó las letras con Rosa, Solana, Cañedo, Vergara, Verdía y Sánchez Hidalgo, y entabló íntimas relaciones con Prisciliano Sánchez y Pedro Tames, y cuantos jaliscienses dieron honor y llenaron de orgullo á su patria en casi todos los departamentos de la República.

Como ellos también, profesó con entusiasmo las ideas liberales, y por ellas derramó su sangre y estuvo á punto de perder la vida el 11 de Mayo de 1835, en la sangrienta acción de Guadalupe, en que Santa-Anna derrotó á D. Francisco García, ilustré Gobernador de Zaca-

tecas, rebelado contra la reacción levantada para impedir el planteamiento de las reformas iniciadas por el Vicepresidente D. Valentín Gómez Farías.

Zacatecas distinguió á Calderón con toda clase de honores y distinciones; allí fué nuestro poeta varias veces Magistrado del Supremo Tribunal de Justicia; Diputado á su Legislatura; Coronel de Artillería de Milicia Nacional; individuo de la Junta departamental, de la que salió por no haber querido jurar el decreto que disolvió el Congreso Constituyente. D. Francisco García, D. Manuel González Cosío y D. Marcos de Esparza, Gobernadores zacatecanos, le confirieron honrosas y delicadas comisiones, y jamás hubo quien desconociese su mérito ni dejase de otorgarle ilimitado aprecio.

Cuando los acontecimientos políticos le expulsaron de Zacatecas, recibióle en México, con singulares distinciones, Quintana Roo, Pesado, Gómez de la Cortina, Ortega, Lacunza y tantos otros ilustres escritores que honraban las letras patrias, y Pacheco, Olaguíbel, Lafragua, Zozaya, Otero, Payno, Prieto, Andrade y Rodríguez Galván, le festejaron y aplaudieron por sus triunfos dramáticos. Estos empezaron en 1827 con *Reinaldo y Elina*, *Zadig*, *Zeiba*, *Armandina*, *Los Políticos del día*, *Ramiro*, *Ifigenia* y *Hercibia*, consideradas todas ellas simples ensayos por su propio autor, que las dió á la escena en los teatros de Guadalajara y Zacatecas. Más tarde compuso *A ninguna de las tres*, *El Torneo*, *Ana Bolena* y *Hermán ó la Vuelta de un Cruzado*. Al morir dejó en sólo proyecto un *Poema sobre la creación* y un drama que debió llamarse *El Caballero Negro*, fundado en los hechos de Ricardo Corazón de León. Amable, dócil y festivo, nunca tuvo enemigos nuestro poeta, nunca el orgullo se apoderó de su alma, ni pasión alguna innoble atormentó su corazón de ángel. Una existencia tan hermosa, llena de acciones meritorias, pues nunca el pobre y el afligido salieron desconsolados de su casa, un corazón generoso, una alma pura, no quedaron sin recompensa.

Dios se la acordó dándole una resignación ejemplar en sus últimos días; cuidados de familia, trastornos políticos, la ingratitude de algunos, y un año de dolencias que le extenuaron, dieron fin á su vida. El 17 de Enero de 1845, el Cura de Ojocaliente le ministró el Viático; con ánimo sereno, á pesar de su postración, arregló el poeta todos sus asuntos, y por la tarde comenzó á perder la cabeza, hasta la una y tres cuartos de la mañana del diez y ocho, en que expiró, rodeado de su familia y de sus amigos y con la tranquilidad propia de los justos. En la tarde de ese mismo día su cuerpo fué llevado á Zacatecas y depositado en la Iglesia de San Juan de Dios; de allí, con ceremoniosa solemnidad, sus restos fueron conducidos á la Parroquia, y á las diez de la noche se les dió sepultura en la bóveda en que reposaban sus mayores. Fernando Calderón vivió treinta y cinco años,

cinco meses y algunos días. Su fallecimiento causó positivo luto en Guadalajara, Zacatecas y México.

Continuemos nuestra rápida revista. El martes 5 de Agosto del citado año de 1845, el Teatro Nacional, en combinación con la dramática, ofreció al público la primera función de una Compañía de Opera Italiana, que se presentó con *Los Puritanos*, en cuyo desempeño se distinguió, con general aplauso, Eufrosia Borghese, en el papel de *Elvira*; joven, de agraciada presencia, de acción animosa y natural y muy dramática, fué acogida lisonjeramente, sin que pudiese escapar á ciertas duras críticas que fueron contestadas por un escritor, haciendo notar, que tan difícil es que un artista agrade á todos á la vez, que cuando la *Cesari* se estrenó en México con la *Semiramis*, su mérito, aunque notable, no fué apreciado en su justo valor, y sucedió lo propio cuando se oyó á la Castellán por primera vez en las tablas mexicanas, no obstante lo cual, una y otra llegaron á ser muy estimadas entre nosotros. El bajo Tomassi, ya conocido, compartió el triunfo con la Borghese, y obtuvieron también buena acogida el Sr. Perozzi y el barítono Candi. Eufrosia Borghese había nacido en París en 1813, y la lanzaron al teatro los trastornos sufridos en los negocios por su padre, distinguidísimo Abogado del Foro de Ruen. Discípula de Remí Mignerón, del célebre Paer, de la famosa Toldy, y de Boizel, hizo su presentación en Roma en Octubre de 1835, y cantó después en Mesina, Nápoles, Venecia, Liorna y otras ciudades. Distinguióse en *Belisario*, *El Barbero*, *Semiramis*, *Sonámbula*, *Puritanos* y *Elixir de Amor*. Donizetti escribió para ella *La Hija del Regimiento*, con la que obtuvo completo triunfo en París. De la Habana, Nueva York y Nueva Orleans, pasó la Borghese á México.

Ni podemos, ni debemos seguirla en su campaña artística entre nosotros, pero no dejaremos pasar sin la correspondiente cita, su empeño y dedicación en perfeccionar en el canto á una distinguida señorita mexicana, que en salas y audiciones particulares tenía ya conquistadas las simpatías de sus compatriotas. En efecto, en la noche del 20 de Setiembre y nada menos que en *Lucrecia Borgia*, se presentó en el Nacional la Srita. María de Jesús Zepeda y Cosío, como cantatriz de ópera, siendo notable el éxito que tuvo en *Beatrice di Tenda* de Bellini, por el mes de Noviembre.

En esa época quedó, por fin, arreglado, en el edificio del Nacional, un bastante cómodo Hotel, cuyos contratistas, apoderados de tiempo atrás de todos los derechos y acciones de D. Francisco Arbu, tuvieron la donosa ocurrencia de imponer á la Compañía Lírico-dramática, la obligación de encabezar sus programas de este modo: *Gran Hotel del Teatro Nacional: para esta noche, la ópera ó la comedia tal ó cual*, todo con objeto de anunciar el estreno del Hotel susodi-

cho, para cuya mayor aptitud y comodidad se sacrificaron algunas localidades del Teatro, quitándole varios departamentos y salones de descanso y de ensayos. Mercurio derrotaba á las Musas.

El martes 2 de Diciembre tuvo lugar el beneficio de Eufrosia Borghese, con *El Barbero de Sevilla*, desempeñando D. Ramón Barrera el papel de *D. Bartolo*, Tomassi el de *Figaro*, Perozzi el de *Almaviva*, Candi el de *D. Basilio*, la Sra. López el de *Berta*, Zannini el de *Fiorrello*, y la Borghese el de *Rosina*. Esta, en la escena de la lección, cantó el *rondó francés Non, non, je ne veux pas chanter*, de la ópera *Le billet de loterie*, del Maestro Nicoló. María de Jesús Zepeda y Cosío cantó en un intermedio la cavatina *Ah se estinto ancor mi vuoi*, de la *Donna Caritea*, de Mercadante; D. Hipólito Larsonneur ejecutó en el violín las variaciones del *Carnaval de Venecia*. Para final y en recuerdo de la primera salida de la Borghese en el Teatro Real de la Opera Cómica de París, se ejecutaron sin interrupción las siguientes piezas de *La Hija del Regimiento*: Obertura por la orquesta; coro del *Rataplán, rataplán*; escena y dúo *La voilà, la voilà*, por la Borghese y Perozzi. El día 5, para beneficio de Antonio Tomassi, se cantó *Belisario*. El martes 9 la *Sonámbula*, á beneficio de María de Jesús Zepeda y Cosío; en la octava escena de la segunda parte del primer acto, la beneficiada cantó la romanza de *Parisina*, *Sogno talor*, acompañándose ella misma al piano; en el primer entreacto la Borghese cantó la tiroleza *Ouvrez, c'est nous*; en seguida la Cosío cantó la plegaria nueva del profesor D. Vicente Blanco, intitulada *A una calavera*. La Srita. Cosío anunció así su beneficio:

“La pérdida de mis bienes, en la que yo no tuve parte alguna, me condujo necesariamente á una situación bien desgraciada: esto es notorio en México.

“En tales circunstancias, los señores de la Empresa de este teatro, primero por la mediación de algunos amigos de mi familia, y después por sí mismos, se sirvieron hacerme proposiciones para que me resolviese á pertenecer á la Compañía de ópera italiana en clase de prima donna.

“No se me pudo ocultar cuán difícil era el desempeño de un cargo tan superior á mis débiles fuerzas, no teniendo más escuela dramática ni más condiciones favorables que las pocas que podía reunir una persona aficionada al canto.

“Sin embargo, la persuasión de aquellos buenos amigos, la de los señores de la Empresa, y más que todo, la confianza que me inspiraba un público ilustrado y benévolo, que en su mayor parte sabía mis tristes circunstancias, me decidieron á servirlo, esperándolo todo de su indulgencia.

“¡Cuál sería mi sorpresa, cuál mi emoción al ver el modo tan extraordinariamente halagüeño con que me recibió al ingresar yo al

teatro, y con que ha continuado acogiendo mis pequeños trabajos! Esto apenas puede sentirse, pues que no hay expresiones bastantes para explicarlo.

“Como una pequeña muestra de mi profunda gratitud, he ansiado vivamente por presentar en esta función, destinada á mi beneficio, una ópera nueva y digna de tan ilustres Mecenas; mas ya que á pesar de mis esfuerzos y empeño no lo he podido lograr, por diversas é insuperables dificultades, espero que acepte benigno como hasta aquí, lo único que puedo ofrecerle con mi eterno reconocimiento.”

En ese año llevó la voz de crítico de espectáculos en *El Siglo*, aunque por fortuna con grandes intermitencias, el Sr. D. Joaquín Patiño, quien atacó cruel y despiadadamente á todos los artistas de la ópera, mereciendo enérgicas y bien entendidas réplicas de *El Correo Francés*.

En una de ellas y defendiendo á la Borghese, *El Correo* decía: “Mlle. Borghese ha tomado ese puesto en este país, puesto honorífico y merecido, mal que le pese á cierto gacetillero turbulento, el Sr. J. P., especie de sabio crítico en todos géneros, que ha querido y quiere todavía presentarse aquí como heredero de la enciclopédica erudición del abate Geoffroy; ese J. P., *renovado de los griegos*, cuya indiscreta mordacidad no obtiene otro resultado que el de asegurar el triunfo de los artistas que quiere denigrar; ese J. P., en fin, á quien no se puede responder sin riesgo de insultar al buen gusto, á la razón y á la decencia pública.”

Patiño se escabulló de tan brusco ataque por el callejón de la patriotería, replicando al colega francés que “á virtud de sus derechos de ciudadano mexicano, podía y debía explicarse y juzgar como lo tuviese por más conveniente, acerca de las más ó menos discutibles celebridades europeas que venían á llevarse el dinero de los mexicanos, que debíamos guardar para nuestros artistas nacionales.” No decía Patiño cuáles fueran éstos, pues ni respetó á la Cosío, á quien tituló “cantante bisoña, sin más méritos que el de tener una octava y media de notas limpias, pero sin extensión ni agilidad, sin energía y sin expresión;” ni exceptuó de su rabioso encono á Barrera, del cual dijo: “en el *Barbero* no desentonó ni una nota, porque tuvo la sagacidad de no cantarlo.”

Se ve por todo esto, que no es sólo de nuestros días eso de lanzarse á la crítica quienes no son capaces de producir algo bueno, ni tienen méritos para exponerse á ella.